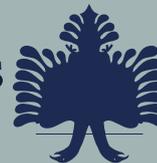


E-COLECCIÓN POST **2**

Post:Metro:Polis
(Lo que queda) después de



EMOCIONES Y CONOCIMIENTO SOCIAL EN LOS GRUPOS HUMANOS

Introducción a *Implicación y distanciamiento* y “Los seres humanos y sus emociones” (1987)

Edición de Héctor Gutiérrez Delicado y Pablo Sánchez León

Norbert Elias



Colección Post
(Lo que queda) después del conocimiento



EMOCIONES Y CONOCIMIENTO SOCIAL
EN LOS GRUPOS HUMANOS

**EMOCIONES Y CONOCIMIENTO SOCIAL
EN LOS GRUPOS HUMANOS**

INTRODUCCIÓN A *IMPLICACIÓN Y DISTANCIAMIENTO* Y
“LOS SERES HUMANOS Y SUS EMOCIONES: UN ENSAYO
DE SOCIOLOGÍA DE PROCESOS” (1987)

NORBERT ELIAS

Edición de Héctor Gutiérrez Delicado
y Pablo Sánchez León

Traducción de
Héctor Gutiérrez Delicado

Postmetropolis Editorial
2018



Madrid

Mayo de 2018

Edición y maquetación E-pub:
Pablo Sánchez León y Miguel Ángel Gil Escribano

Corrección:
Miguel Ángel Gil Escribano

Traducción:
Héctor Gutiérrez Delicado

Revisión de la traducción:
Pablo Sánchez León

Diseño de la portada
Pablo Sánchez León

Tema de la portada:

“El mono anticuario” de Jean-Baptiste-Simeon Chardin (1740)

Todas las ilustraciones del texto proceden del repositorio de dominio público de la Wikipedia

© Norbert Elias Foundation
publicado con permiso de Liepman AG, Zurich

Referencia:

Norbert Elias, *Emociones y conocimiento social en los grupos humanos*. (Introducción a *Implicación y conocimiento* y “Los seres humanos y emociones: un ensayo de sociología de procesos”[1987], Madrid, Postmetropolis Editorial, 2018.

ISBN: 978-84-948088-4-5

Índice

Nota de los editores 7

”Introducción” a *Implicación y distanciamiento* (1987) 11

“Los seres humanos y sus emociones: un ensayo de sociología de procesos” (1987) 95

NOTA DE LOS EDITORES

El texto principal que traducimos aquí fue redactado por Norbert Elias especialmente como “Introducción” para la primera edición completa en lengua inglesa de su libro *Involvement and Detachment* publicado por Basil Blackwell en 1987.

Los ensayos que recogía y traducía del alemán esa edición inglesa eran la versión íntegra de la antología que Michael Schröter había editado en colaboración con el propio autor ya en 1983, bajo el título *Engagement und Distanzierung*. En España esta obra fue publicada por primera vez en castellano por Ediciones Península en 1990 en la colección “Historia, Ciencia, Sociedad” —y, posteriormente, en la colección “Ediciones de bolsillo” (primera edición en 2002)— bajo el título *Compromiso y distanciamiento*, traducida por José Antonio Alemany, y conservando la introducción del editor alemán, a la cual remitimos a los lectores que se interesen por los pormenores del conjunto de estos ensayos.

Sin embargo, la versión en castellano del libro dejó fuera la valiosa, amplificadora y ulterior “Introducción” del propio Norbert Elias al volumen en lengua inglesa, que es la que publicamos ahora traducida del inglés.

El segundo texto, “Los seres humanos y sus emociones: un ensayo de sociología de procesos” [Human beings and their emotions: An essay of sociology of processes] fue publicado en *Theory, Culture & Society* 4 (1987), pp. 339-361.

Ambos textos están vinculados por distintas razones: se trata de textos estrictamente contemporáneos cuyos temas son además de evidente consonancia; el propio autor así lo estimaba, como lo acredita la introducción que Richard Kilminster puso, en calidad de colaborador y editor, a la que sería la postrera obra de Elias, su *Teoría del símbolo*, que también publicara Ediciones Península (primera edición: marzo de 1994).

Las dificultades que aborda el traductor al castellano del término inglés *involvement* son un excelente ejemplo de la diferenciación lingüística (a la que alude Elias como campo fructífero de investigaciones) que sin duda existe entre los vocabularios emocionales de los distintos pueblos. Los matices del sentimiento que pueden usar los hablantes para comunicarse entre sí emociones son un indicio de un proceso civilizatorio, del desarrollo de su auto-regulación.

Tanto en francés como en alemán, el término utilizado por los traductores es exactamente equivalente: *Engagement*. En inglés, idéntico término también existe y cabría utilizarlo, lo cual debe hacernos meditar acerca del motivo de que se escogiese, sin embargo, por parte del autor el primer término —*involvement*—, dadas las connotaciones corrientes que tiene el segundo —*engagement*— entre los hablantes nativos de lengua inglesa.

Tampoco el castellano carece de matices emocionales semejantes en la forma verbal *enganchar*. Hablamos de un enganche emocional, pero precisamente necesitamos complementar el sustantivo, o en todo caso emplearlo contextualmente para que su sentido sea evidente para los que escuchen o lean el mensaje. Y además es mucho más habitual usar el participio. Podemos estar *enganchados* a una persona, a una sustancia, a un objeto, a una actividad, a una situación humana.

¿Qué razones nos han llevado, pues, a elegir para la traducción castellana “implicación” más bien que “compromiso”?

Lo primero que nos viene a la mente es que el sentido ordinario (común a las distintas lenguas aludidas) de comprometerse es el de un acto consciente o “racional” que la persona hace explícito y por el cual puede dar “razones”; mientras que la implicación muchas veces es oscura, implícita, involuntaria o “irracional”. Sin duda, la carga emocional de una y otra actitud es diferente, y precisamente en el contexto de estas investigaciones es el punto clave para entender las diferencias en el conocimiento social de grupos e individuos. Como advierte Elias, el mayor o menor grado de implicación de las formas de conocimiento va a depender del nivel de peligro, o de la percepción de riesgo, al que los sujetos estén expuestos y, en consecuencia, del miedo que experimenten ante una situación así como de su capacidad de controlar ese impulso, y a la inversa.

Es decir, paradójicamente, en su sentido habitual en el compromiso ya hay un distanciamiento, un acto de reflexión, una objetivación del sujeto.

Tras un compromiso siempre habrá una implicación oculta, no reconocida o no identificada, precisamente porque hacerla explícita involucraría un cambio de identidad en el propio sujeto, en su conocimiento de sí y de los otros y en su acción e intereses, en su *modo de vida*: se trata, propiamente, de una *conversión*. Y si por un lado esta exige una atención consciente por parte de la persona hacia sí misma, un trabajo personal que no resulta dado ni es siempre fácil, en el cual se *arriesga* la auto-imagen personal —en la medida en que *duele y molesta*, pues pone en cuestión la máscara social que hasta entonces inconscientemente llevábamos (y que, además verosímelmente necesita del acompañamiento o guía de una tercera persona experta y confiable, sea un maestro o un terapeuta), por otro lado, en efecto supone una exclusión y un alejamiento respecto de los antiguos “compañeros”, un atravesar una soledad que podría durar para siempre si el individuo no encontrase, como ha de temer, nuevos compañeros afectivos. Sin duda este cambio en los afectos nunca será exclusivamente individual. Frecuentemente es la identificación con nuevos compañeros lo que lanzará a los individuos a dar ese paso de fe, ese salto al vacío hacia su conversión en una nueva *persona*.

Esta conversión, cambio de piel o transformación de la autorregulación de las personas es lo que Elias denomina, ilustrándolo mediante los cambios que se producen en el arte europeo del siglo xvii, una implicación secundaria. Y, según el propio Elias no puede dejar de comentar, conlleva tanto una innovación personal del lado del artista como una *complicidad* del lado de su nuevo público; también supone para ambos un nuevo goce, una nueva diversión compartida, un nuevo placer más refinado, una nueva distinción social.

Comprometiéndose, el sujeto dice quién es y quién seguirá siendo: es decir manifiesta a otros y a sí mismo su auto-identificación, y la proyecta en el futuro como promesa, crédito, deseo y expectativa.

La implicación, por el contrario, se manifiesta en la acción y el obrar cotidiano y, por tanto, en el presente: es el modo de obrar del sujeto el que señala su identidad, quién es, a los demás.

Un compromiso suele tener además, junto a ese elemento de promesa y proyección, una dimensión parcial, temporal y condicional. Nos comprometemos en o para algo concreto, durante un tiempo determinado (aunque pueda ser “hasta que la muerte nos separe”), y bajo unas particulares circunstancias que muchas veces tienen que ver con quién o quiénes son los otros con quienes nos comprometemos. Podemos comprometernos con otra persona “en la salud y la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza”; y sin embargo esa persona puede dejar de ser quien era, obrar de otro modo o sencillamente no ser quien decía ser. Los compromisos se rompen, se dejan, cumplen o abandonan. Las implicaciones mudan, se refinan, se subliman o reorientan pero nos son indisolubles, están inscritas en un orden inabarcable, incomprensible, en aquella dimensión perenne del *ordo amoris*.

Hay falsos compromisos como hay “amistades peligrosas”; pero una implicación siempre afecta y obliga, coacciona, impele, nos atrapa: es así de real y verdadera. Y aún con todo, entramos aquí en el dominio insondable de lo humano, en esa “apertura indeterminada”, en ese *ápeiron* que jamás permitirá una última y definitiva palabra. Pues también podremos, como nos enseñan la poesía, la novela, el teatro y las relaciones humanas representar emociones, jugar al juego de los espejos, preferir el apasionado y trascendente caos barroco al sereno y flemático orden renacentista; y, sobre todo, podrán algunos profundos artistas representar para el resto de humanos esa realidad sin contornos, esa melancolía infinita, esa sustancia abismal y sin fondo que somos los seres humanos.

El compromiso aparece como *deber*, la implicación como *afecto*. El compromiso se ha incorporado a la autorregulación de la persona, a su auto-coacción socialmente aprendida: es algo aprendido.